

Vida de San Alfonso María de Ligorio



RDUM D. ALPHON-
SUM M. DELIGORIO
PATRICIUM NEAPOLITANUM
IMAGO HAC REPRESENTAT.
QUANDO ABdicatis SECU-
LARIBUS, ET FORENSIBUS
NEGOTIIS
ECCLESIASTICIS, MILITIA.
SUUM DEDIT NOMEN AC
SS. REDEMPT. CONGENIS.
FUNDAMENTA
PROIECIT
AET. SUAE. ANI. XXX.

Rafael Mª López-Melús

Rafael María López-Melús, carmelita

VIDA DE
SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

ÍNDICE

I. — El “mensaje” de los Santos.....	4
II. — El de San Alfonso M. ^a de Ligorio.....	8
III. — Nace y crece.....	11
IV. — Juventud como cualquier otra.....	12
V. — Cambio de ruta.....	13
VI. — Cuando el Señor llama.....	14
VII. — ¿Cómo era San Alfonso María?.....	16
VIII. — Sacerdote y escritor.....	18
IX. — Fundador y misionero.....	20
X. — Obispo de Santa Agueda.....	22
XI. — Santo de cuerpo entero.....	25
XII. — Doctor de la Iglesia y maestro de oración.....	27
XIII. — Austero y pobre.....	29
XIV. — La caridad, su virtud predilecta.....	31
XV. — Consejos de ayer para jóvenes de hoy.....	33
XVI. — Cantor de la oración.....	36
XVII. — Jesús Eucaristía.....	38
XVIII. — Devoción mariana.....	40
XIX. — Elogios.....	46
XX. — Ocaso.....	48

I. — EL “MENSAJE” DE LOS SANTOS

La vida de los santos que eran de carne y hueso como nosotros debe servirnos de estímulo en nuestro caminar hacia la Patria. Ellos tenían sus defectos, sus limitaciones..., pero supieron colaborar con la gracia de Dios y llegaron a vivir en plenitud —en cuanto las fuerzas se lo permitían— el mensaje evangélico.

Cada santo trae “su Mensaje” o “sus Mensajes”. Todos ellos nos están diciendo:

— “¡Sed como nosotros!”

Palacio Valdés, al final de su vida, con los ricos tesoros que a la cultura añade la experiencia, escribió en un precioso libro:

“La imitación es el fundamento mismo de la vida en el universo. Hasta entre los ángeles, dice un filósofo, debe de existir la imitación. Todo cuanto vemos, las costumbres, el lenguaje, las artes y las ciencias se han formado por la imitación.”

“Uno de los peores defectos que encuentro en los libros de devoción que corren entre las manos de las personas religiosas, es el de ofrecer ideales inaccesibles, enteramente desproporcionados a las fuerzas del común de la gente. Se nos narra, generalmente en términos exagerados cuando no falsos, la vida de seres prodigiosos, casi sobrenaturales, y se pretende que los tomemos por modelos. Es un absurdo. Cuando vamos al circo y vemos a un atleta levantar con sus brazos a dos hombres del suelo, ¿se nos aconseja que hagamos lo mismo en nuestra casa? ¿Por qué se nos pide, pues, que imitemos a San Francisco de Asís? De aquí que la mayoría, por no decir la totalidad de los fieles, leen estos libros como si fuesen novelas sin que su espíritu les penetre ni los conduzca”.

Y otro autor completaba el cuadro con estas atinadas ideas:

“Un santo perfecto, de la cuna a la tumba, nos aplasta con una santidad lejana. Su vida no puede ser ejemplo y guía para estas pobres vidas nuestras, tejidas de esfuerzos y caídas y nuevos esfuerzos cotidianos. Nos llena el alma de consuelo el santo que ha dejado en la malla de sus virtudes pequeños resquicios para el humor y la convivencia. Que alguna vez ha sido vencido por la tentación de una vanidad chiquita. O se ha dejado arrebatar por una tarde de genio. Entonces comprendemos que el

Santo ha labrado con tesón la misma piedra de nuestra cantera. Que su peso de humanidad ha sido aligerado graciosamente.”

Todos los santos nos están diciendo, como San

Pablo: “Sed mis imitadores, como nosotros lo somos de Cristo y de María” (1 Cor. 4,16 y 11,1).

No cabe la menor duda que los santos tienen muchas cosas dignas de “admiración”, pero también tienen otras mil de “ser copiadas”.

Si repasamos las oraciones o colectas de sus oficios litúrgicos podremos apreciar que, en casi todos ellos, se les pide gracia a los mismos santos para poderlos imitar.

Pío XI, en 1935, con motivo de la canonización de Santo Tomás Moro y del Cardenal Fisher, decía: “No nos queda más que exhortaros paternalmente a todos vosotros que nos mostráis aquí vuestra veneración, y en vosotros a todos los que dispersos por el mundo se proclaman nuestros hijos, a querer imitar con celo a estos mártires, y a implorar para nosotros mismos y para toda la Iglesia militante su eficaz protección. Si bien no todos estamos llamados a derramar nuestra sangre por la defensa de las leyes divinas, todos, sin embargo, debemos, por el ejercicio de la abnegación evangélica, la mortificación cristiana de los sentidos y la conquista laboriosa de la virtud, ser “mártires por el deseo”, según la frase tan expresiva de San Basilio, a fin de llegar a participar con ellos de la recompensa celeste”.

El P. Billet, en el panegírico de San Alberto Magno, dice con mucha razón:

“Acontece en los Santos, guardando la debida proporción, lo que en los sacramentos: son para el uso de los hombres. Jesucristo los ha instituido para contribuir de este modo a nuestra santificación.” Los Santos, en gran parte, llegaron a serlo por la lectura asidua y fervorosa de la vida de sus predecesores.

San Francisco de Sales recomienda su lectura después de la Sagrada Biblia.

San Agustín era enamorado de esa lectura y le servía de incentivo para alentarse en la dura tarea de su propia perfección, y se preguntaba:

“¿Qué hay de común entre ellos y yo? Si éstos y aquellos lo hicieron, también puedo hacerlo yo.”

Sí, hemos de ser orgullosos, en el sentido de por nada del mundo quedamos detrás.

Santa Margarita María de Alacoque, antes de entrar en el convento de Paray, se extasiaba con las vidas de los santos.

Al abrir el libro, ella misma nos dice el monólogo que hacía:

— “Me es necesario buscar una santa muy fácil de imitar, de modo que yo misma pueda hacer lo que ella ha hecho para llegar a ser santa.”

Al Santo Cura de Ars le eran muy familiares los santos. Con frecuencia pasaba las noches contemplando las imágenes de los santos que pendían de las paredes de su habitación. Le gustaba repetir: — “Vivo en la compañía de los santos. Durante las noches, cuando me desvelo, me parece que ellos me miran y que me dicen:

— ¡Ea, perezoso, tú duermes, mientras nosotros pasábamos el tiempo velando y rogando a Dios!”: Escuchemos como dirigido a nosotros el consejo que Pío IX dio a Luis Benillot poco después de su conversión:

— “Lee la vida de los santos.”

Monsabré, ilustre por su sabiduría y su palabra, decía un día:

“El mayor beneficio de los santos es su vida misma; vida modelo que ejerce sobre la naturaleza una sublime atracción y alimenta en la humanidad la gloriosa emulación de la virtud.”

“Somos hijos de los santos y esperamos su misma vida”, así replicaba Tobías a los que le echaban en cara la dureza de Dios para con él (Tobías, 2,18).

Es lo que nosotros podemos repetir: “Somos hijos de los santos. Luego seamos nosotros lo mismo.”

“La Iglesia —dice Pío XII— quiere que en nuestros templos sean expuestas las imágenes de los santos, a fin de que imitemos las virtudes de aquellos que veneramos.” (Enc. *Mediator Dei*, 20-11-1947).

Santa Teresa, ya mucho antes, con su gracejo singular, nos recuerda esto mismo en el capítulo 13 de su vida cuando dice: “Si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor de Dios.”

Y más abajo añade la Santa: “El demonio hace que nos parezca soberbia... querer imitar a los santos... haciéndonos entender que las cosas de los santos son para admirar, mas no para hacerlas los que somos pecadores.”

Y en el capítulo 27 se ve la fe y confianza que tenía la Santa castellana en la poderosa intercesión de los santos, cuando confiesa humildemente:

“Tomaba santos devotos, porque me librasen del demonio.” Y en el 30: “No leía sino vidas de santos, que, como yo me hallo tan corta en lo que ellos servían a Dios, esto parece me aprovecha y me anima.”

Y en las Moradas (VII): “La vida de los santos... gran provecho y aliento nos da su memoria.”

La manera más fácil de imitar a Jesús, es por lo general, imitar a sus santos. Ellos están más cerca de nosotros, de nuestras condiciones de vida, quizás sus circunstancias se asemejan más a las nuestras. Esto no impedirá el volver continuamente los ojos del Divino Modelo; aunque algunos de sus rasgos hubieran escapado a nuestra observación si no hubieren sido puestos a la luz por esta o aquella alma privilegiada que los hicieron vivir.

Pío XI, con ocasión de III Centenario de la muerte de San Francisco de Sales, decía en 1923: “...Haréis comprender a los fieles que la santidad no es un privilegio concedido a unos y denegado a otros, sino el común destino y el deber común de todos... Debemos elevarnos hacia el cielo poco a poco, a aletazos, al modo de las palomas si no podemos imitar el vuelo de las águilas, es decir, tendera la santidad por la vía común si no somos llamados a una perfección especial” (AAS, 15 (1923), 59 y 60).

II. — EL DE SAN ALFONSO M.^A DE LIGORIO

Será múltiple o polifacético como lo fue su persona, como fue fecunda su vida y larga su existencia.

Muchas serían las virtudes que de él podríamos admirar y tratar de imitar, pero no hay duda de que en tres sobresale entre todos los santos. Virtudes que hoy son tan profundamente necesarias para el mundo en que nos movemos y que me pedía don Andrés Codesal que tratara de hacer hincapié en ellas:

- 1) vida de oración;
- 2) devoción profunda a la Eucaristía;
- 3) tierno amor a María...

Las veremos más adelante. Baste recordar ahora solamente que se trata de tres piedras angulares sobre las que debe descansar el edificio de toda auténtica vida cristiana.

Mensaje de oración. No nos vamos a entretener en aducir aquí frases de la Biblia y de la Patrística que ensalzarán el valor insustituible de la oración.

Baste recordar que la oración cristiana brota de la misma realidad de la filiación divina. Tenemos la seguridad de que hablamos a un Dios vivo y de que nuestra oración será escuchada.

Grande es el poder de una oración humilde, confiada, perseverante, hecha en nombre de Jesús y que haga relación a los bienes sobrenaturales.

Bien pudo dar de la oración estas dos bellas definiciones San Agustín:

— “Dios gobierna al mundo y la oración gobierna a Dios.”

— “La oración es la omnipotencia del hombre y la debilidad de Dios.”

Y el axioma de los Santos:

— “Quien ora, se salva. Quien no ora, se condena.”

— “Dadme un cuarto de hora de oración y yo os daré el cielo”, decía la grande y experimentada doctora Santa Teresa de Jesús.

Hoy se ora poco. Lo recuerdan con frecuencia los últimos Papas en sus catequesis ordinarias y extraordinarias.

¿El motivo?

—Se ha perdido el valor de lo sobrenatural y el mundo, desacralizado, sólo vive de los valores terrenos, exagerando su precio y ambicionando su posesión.

Mensaje eucarístico. Es y debe ser siempre el centro de toda la vida cristiana. Podemos pensar qué sería del cristianismo si le faltara esta presencia viva y operante de Jesús Eucaristía. Sin ella reinaría un enorme frío en la Iglesia de Jesús.

La Eucaristía es “el signo de los signos”. Un solo Pan, signo de una sola Fe, de un solo Bautismo, de un solo Amor. Alimento, viático, para nuestro peregrinar aquí abajo hasta que lleguemos, fortalecidos por él, como el profeta Elías durante cuarenta días y cuarenta noches, hasta el Monte Horeb, hasta la vida eterna, donde contemplaremos a Dios.

Pese a nuestras diversidades de raza y nación al juntarnos en los templos —hechos hoy universales como la misma Iglesia— y comer el mismo cuerpo de Cristo, somos como El un solo Cuerpo, el mismo Cuerpo. ¡Qué signo de unidad y fraternidad más maravilloso!

Los documentos Conciliares han dicho cosas muy bellas sobre la necesidad de este culto y cómo debe hacerse.

La reforma litúrgica debe ayudar a todos a que vivamos con mayor profundidad el culto a Jesús Eucaristía convirtiéndolo en vida de nuestra vida.

El gran Pablo VI, concluido el Concilio recalcó algunos temas que creía básicos para la Iglesia. Uno de ellos es este: El 25-3-1967 publicaba una maravillosa Instrucción: *Eucharisticum Mysterium* (AAS, 59 (1967) 539-551). En ella se canta este culto y el por qué y cómo debe tributarse. San Alfonso narra, y nos recordará en sus escritos, este maravilloso mensaje, culto de nuestra fe.

Mensaje mariano: Cada época tiene su signo, los signos de los tiempos. María está llamada por el Amo de la historia a ser la Reina y Señora de todos los tiempos y de todas las estaciones del año.

Es cierto que hay épocas en las que parece estar más fuerte y viva su persona entre el pueblo fiel y entre los pastores, escritores e intelectuales: “Época o Era de María” por una parte y época de “Crisis de la Mariología”, por otra.

Mucho hemos escrito sobre este tema y no vayamos a repetirlo aquí. Baste afirmar que creemos no exagerar si opinamos que la sociedad que nos rodea está entregada al materialismo, hedonismo y horizontalismo,

olvidándose del origen y fin del hombre; de lo que le debe a Dios; es decir, de ese verticalismo de apertura y diálogo al culto y Palabra de Dios.

Ha decaído el culto y se han suprimido las devociones y ejercicios piadosos. Pero no se diga que se ha hecho esto por obra del Concilio, ni por directrices de la Iglesia.

Resulta más cómodo no hacer nada que transformar o adaptar. Todos somos culpables de ello.

¡María siempre! ¡Siempre María!

El devoto de María, el fiel hijo de María, procura llevar su insignia —su escapulario o medalla—, que le recuerda a él y a los demás que es pertenencia de María.

Cada día, además, le obsequia con el rezo devoto del Santo Rosario y del Angelus que con tanta insistencia recomienda el Santo Padre.

Pero esto no basta. Será bueno que su pensamiento y su recuerdo le acompañe siempre: En el trabajo y en el descanso, en los ratos de solaz y en los momentos de pruebas.

Pablo VI, el histórico día 2-2-1974, nos enseñó de modo magistral cómo debe ser el verdadero culto a María y nos exhortó a imitarla como oyente, oferente, orante y fiel cumplidora del mensaje de su Hijo...

San Alfonso María de Liguorio puede ser considerado como uno de los más, por no decir el mayor, enamorado de María de todos los Santos y el que más ha contribuido hasta el día de hoy a fomentar su devoción con su áureo libro: *Las glorias de María*.

III. — NACE Y CRECE

— “Este niño será obispo, vivirá cerca de cien años y hará grandes cosas por Jesucristo.”

Fue el horóscopo que profirió un viejo misionero, tomándolo en sus brazos, cuando el pequeño Alfonso estaba todavía en pañales.

Su padre hubiera querido que siguiese, como él, la carrera militar, pero viendo que no le atraía el uniforme de soldado, dijo:

— “Está visto; más que para las armas, el muchacho vale para las letras. Le haremos abogado.” Nació en Marianella de Nápoles en 1696. Primer vástago de don José de Ligorio y doña Ana Cavalieri, de vieja sangre napolitana.

Desde su misma cuna llevó el signo y la misión de su vida.

Alfonso perteneció a la alta sociedad italiana.

La instrucción y la formación de Alfonso es la del noble de su siglo. A los siete años estudia humanidades clásicas. A los doce se matricula en la universidad. A los dieciséis es revestido con la toga de doctor en ambos Derechos. Completan su formación el estudio de las lenguas modernas, la esgrima y las artes, particularmente la música y pintura, que más tarde pondrá al servicio del apostolado. Alfonso encarna el joven del siglo, educado para vivir, disfrutar y triunfar en el mundo.

Su formación religiosa o moral no fue inferior que la cultural o social. Varios personajes influyen en él: Su padre, que le da la seguridad y tenacidad de ideas, la fuerza de la voluntad; su madre, de la cual hereda su exquisita sensibilidad, y el Oratorio de los nobles de San Felipe Neri. Aquí ingresa a los nueve años, haciendo la comunión al año siguiente. Aquí encuentra un ambiente propicio y un director para sus años de adolescente en la persona del padre Pagano.

IV. — JUVENTUD COMO CUALQUIER OTRA

Su padre ejercía enorme influencia en él y por darle gusto lleva una vida un tanto mundana, como la de cualquier joven de su edad.

Alfonso entra de lleno en el mundo. Después de tres años de ampliación de estudios empieza su vida de abogado y va conquistando distinguida clientela. Frecuenta el teatro y los salones. Su padre ha creído llegada la hora de casarlo con la hija de los príncipes de Presicio. Es un partido ventajoso que propone a Alfonso mientras éste se mantiene indiferente y “lunático”. Sigue una vida de sociedad intensa, querida y mantenida por su padre. Todavía vuelve éste a la carga, presentándole ahora a la hija de los duques de Presenzzano. Ha decidido encumbrar a su hijo Alfonso con la gloria de la sangre y de la nobleza.

Ama el trabajo y a él se entrega en cuerpo y alma. A los diecisiete años —caso inaudito—, recibía las borlas de abogado. En sus ocho años de carrera forense, jamás perdió un pleito. Con todo, no estaba satisfecho de andar por aquel camino.

— “Amigo mío —decía a un colega—, nuestra vida es muy desgraciada y lo peor aún es que corremos el riesgo de tener una mala muerte. Esta carrera no me conviene, tendré que abandonarla, para asegurar la salvación de mi alma”.

V. — CAMBIO DE RUTA

No son pocos los jóvenes que se dejan arrastrar por la vorágine de las pasiones. Hemos visto a Alfonso en un ambiente peligroso, pero... no abandona su vida de piedad y de fe.

El mismo dirá, ya anciano, que, gracias a la visita al Santísimo, pudo dejar el mundo. Jesús sacramentado le enseñó la vanidad de las cosas.

“Créeme —decía— todo es locura: festines, comedias, conversaciones... tales son los bienes del mundo. Cree a quien de ello tiene experiencia y llora su desengaño.”

Los ejercicios espirituales, que en aquel entonces estaban tan de moda, serán un poderoso medio que le ayudará para ser fiel a Jesucristo. Todos los años practica los ejercicios espirituales en completo retiro. Recordará siempre los ejercicios del año 1722, en que el Padre Cútica presenta ante los ejercitantes un cuadro impresionante de Cristo crucificado en el que aparecen impresas las manos de un condenado.

No se contenta con ser bueno él. Su celo apostólico le lleva a entregarse a los demás, a salvar almas. Se dedica, sobre todo, a enseñar el catecismo y a visitar y socorrer a los enfermos y necesitados.

En casa es un modelo de hijo y hermano. Y como los ejemplos arrastran, un criado que tiene en su casa y que es de religión musulmana pide recibir el bautismo. ¿La causa?

“La fe del señor Alfonso tiene que ser la verdadera, pues su conducta es la prueba que me convence”, dijo el convertido al cristianismo.

VI. — CUANDO EL SEÑOR LLAMA

Todo en el mundo son llamadas. Aún antes de que el alemán Arthut Kórn inventase el teléfono.

Llamadas de Dios a sus criaturas. Unas veces para tomar un estado. Otras para escalar unos peldaños en la gradería de nuestra perfección.

Lo que importa es no tener los oídos taponados... para oír las llamadas de Dios.

Dios llama a quien quiere, cuando quiere y para lo que quiere. Y este modo de obrar de Dios es tan antiguo como la humanidad. Desde los Patriarcas y Profetas, pasando por los Apóstoles hasta llegar a cualquiera de nosotros.

Así de preocupada y buena es la Providencia de Dios.

— ¿Quiere cambiar a Moisés, de pastor de ovejas, en guía de su pueblo?

Le llama desde las llamas de un encendido zarzal.

— ¿Quiere transformar a Gedeón de labrador en jefe de ejércitos?

Le llama por medio de uno de sus ángeles.

— ¿Quiere constituir a David rey de su pueblo?

— Lo llama por medio de Samuel.

— ¿Quiere trocar a unos pescadores en Apóstoles?

Les llama desde sus redes y desde sus barcas, y ellos le siguen prestos para ser los Predicadores de su Evangelio.

—La llamada para San Antonio fue una palabra del Evangelio oída en el templo durante la Misa.

—Para San Francisco de Borja, la vista del cadáver de la princesa Isabel.

—Para San Ignacio de Loyola, un contratiempo de carácter militar.

—Para San Francisco de Asís, una enfermedad.

—Para San Gabriel de la Dolorosa, la muerte de su hermana María.

—Para Alfonso sería la pérdida de un pleito.

Alfonso, joven rico y apuesto conoce perfectamente el mundo, pero el mundo no le llena, no le llama.

Cierto día, en un desahogo con un amigo, le dirá:

— “¡Oh, mundo! Ahora te conozco bien, y por ello te aborrezco y te rechazo.”

Ya hemos dicho que el modo por el cual se sirvió para llamar a Alfonso fue la pérdida de un pleito. Alfonso lo siente en lo más vivo. Lloró encerrado durante tres días, sin querer probar bocado. Pero de esta encerrona no sale el resentido del mundo, sale el convencido y resuelto a dejar los tribunales y a dar una orientación más alta a su vida.

Pasan unos meses de tremenda lucha interior, meses de espera de algo definitivo, porque “así no se puede vivir”.

Dios está esperándole detrás de todo esto. Un día, cuando visitaba a los enfermos en el hospital de los incurables, oyó una voz, dirigida a él. Le llamaba por su nombre:

— “¡Alfonso, deja el mundo y vive sólo para mí!” Salió corriendo del hospital. En la puerta vuelve a oír las mismas palabras:

— “Alfonso, deja...”

Rendido a la evidencia, exclama:

— “Señor: ya he resistido bastante a vuestra gracia. Heme aquí. Haced de mí lo que queráis.”

Es el grito de Pablo o la súplica de Samuel. Es la disponibilidad para que actúe el Espíritu y... lo hace...

Pronto descubre el secreto a su padre. Este se opone pues tiene puestas sus esperanzas en él. Pero... Alfonso no cede y por fin su padre da su consentimiento para que siga la llamada del Señor.

Entra en el Seminario y en el año 1726 era ordenado sacerdote.

VII. — ¿CÓMO ERA SAN ALFONSO MARÍA?

Sencillo, afable, trabajador, humanista y humano.

A veces nos han presentado un Alfonso adulterado.

Alfonso, napolitano por índole, evangélico en el ánimo, teólogo formidable, no desdeñó un cierto humorismo, que supo expresar en el castizo idioma local, resolviendo a menudo complicadas situaciones.

San Alfonso no es apático y desencarnado, elevado siempre en las cumbres del éxtasis; ni selvático e inameno casuista, siempre con el centímetro de la Moral en la mano, como lo pinta una literatura que trata de ser científica, cuando en realidad no hace más que imitar a los quiméricos cuentos orientales. Por el contrario, es este el tipo del Mediterráneo, vibra de milagrosa campechanía, exento de retóricas espirituales.

Su naturalidad en el modo de expresarse, salpicada de ingeniosas salidas, que fluían de sus labios incluso en los momentos más solemnes, nos hace sentirnos como llevados de la mano por este “simpatiquísimo Santo napolitano: napolitano de buen sentido”, como escribe un agudo conocedor de los hombres y de las cosas de la antigua Italia, Benedicto Croce.

Alfonso María jamás desperdició un minuto de tiempo ni tuvo miedo en la corte borbónica, tan fuerte entonces en Nápoles.

Tannoia, su secretario, escribió su biografía. En ella pinta así a aquel gran hombre que llenó el siglo XVIII:

“Era Alfonso de mediana estatura, cabeza ligeramente abultada, tez bermeja. La frente espaciosa, los ojos vivos y azules, la nariz aquilina, la boca pequeña, graciosa y sonriente. El cabello negro y la barba bien poblada, que él mismo arregla con la tijera. Enemigo de la larga cabellera, pues desdecía del ministro del altar. Era miope, quitándose los lentes siempre que predicaba o trataba con mujeres. Tenía voz clara y sonora, de forma que, aunque fuese espaciosa la iglesia y prolongado el curso de las misiones, nunca le faltó, aun en su edad decrepita. Su aire era majestuoso, su porte imponente y serio, mezclado de jovialidad. En su trato, amable y complaciente con niños y grandes.

Estuvo admirablemente dotado. Inteligencia aguda y penetrante, memoria pronta y tenaz, espíritu claro y ordenado, voluntad eficaz y

poderosa. He aquí las dotes con que pudo llevar a cabo su obra literaria y hacer tanto bien en la Iglesia de Cristo.

En su larga carrera no hubo minuto que no fuera para Dios y para trabajar en su divina gloria. Juzgaba perdido todo lo que no fuera directamente a Dios y a la salvación de las almas.

El ilustre historiador von Pastor ha centrado en la Historia de los Papas el carácter viril de nuestro Santo, observando:

“Alfonso, por lo demás, fue un alma fuerte durante toda su vida. Mientras el orgullo nobiliario de sus padres le mantenía apartado del pueblo bajo, él despreció todos los prejuicios para ponerse al servicio de los más miserables y abandonados. Mientras los instruidos y los doctos se inclinaban como una jauría de perros al viento que soplaba del campo de los Voltaire, de los Rousseau, de los Giannone, de los Febronio, él se mantuvo fiel a la Iglesia y al Papa.

Mientras la moral probalística era totalmente desacreditada, hasta el punto de que quien continuaba siéndole fiel era tenido por un imbécil, él tuvo tanta independencia de espíritu que fue capaz de reconocer y seguir cuanto en ella había de verdadero en los argumentos de los moralistas que le precedieron.

No ha habido quizá una edad menos propicia al desarrollo de la santidad que el siglo XVIII: sin embargo, Alfonso ha conseguido la suprema gloria de ser en este siglo la figura más grande e importante.

VIII. — SACERDOTE Y ESCRITOR

Ambas cosas formaron como un todo en la persona de San Alfonso.

El 1723 viste el hábito clerical. Se entrega de lleno al estudio de las ciencias eclesiásticas ya que de las profanas goza de un conocimiento excepcional.

Pasa tres años en contacto con excelentes profesores de teología y moral, que siempre recordará con afecto, ha trabajado en parroquias y, sobre todo, ha vivido en un ambiente, en la Congregación de la Propaganda, en que se cultivan las virtudes clericales. Se ordena sacerdote el 1726. Es un gran día para él. Ahora, con la ordenación, se abre la puerta a la actividad apostólica.

Siguen dos años de experiencias y gozos sacerdotales en los suburbios de Nápoles y en los pueblos y aldeas del reino. Su experiencia mejor en este periodo son las “capelles serotine” o reuniones al aire libre con gente de los barrios bajos, para enseñarles el catecismo.

Como miembro de las Misiones apostólicas se lanza en seguida al campo de las misiones y predicación, orientando en esta dirección definitivamente su vida.

El será siempre un auténtico sacerdote de Jesucristo y como tal se presentará ante los demás. Será el verdadero “distribuidor de cosas sagradas, de los dones de lo alto.”

El ha hecho voto de no perder el tiempo y lo ha aprovechado hasta el segundo.

Conoce por otra parte el valor de la escritura: Cuando predica le oyen un puñado de fieles... Cuando escribe puede ser un sermón compartido por miles y millones de fieles e infieles. Con sus libros no busca ni la vanidad ni el lucro.

Se descubre como tan buen escritor que los editores se disputan sus originales porque saben que sus libros se venden muy bien. El sabía siempre, hasta sus noventa años, blandir este arma poderosa de la pluma. Conoce al pueblo, al auditorio.

Está convencido de que el pueblo necesita mucha instrucción religiosa, sobre todo, aprender a rezar y meditar. Para el pueblo van saliendo las *Visitas al Santísimo* y *Las Glorias de María*, libros clásicos en el pueblo cristiano.

Siguen la *Preparación para la muerte*, el *Gran medio de la oración*, *Práctica del amor a Jesucristo* e infinidad de opúsculos que va regalando en sus misiones.

Con la *Teología moral*, la *Práctica del confesor*, el *Homo Apostolicus* y otros estudios de apologética se descubre San Alfonso como el moralista y el gran maestro de la pastoral de su tiempo.

Sólo con un voto de no perder un minuto de tiempo y una gran capacidad de trabajo pudo escribir en estos cuarenta años de su plenitud más de ciento veinte obras.

Dedicamos un recuerdo especial de estas obras maravillosas como representativas de su “*mensaje al mundo de hoy*”: *Visitas al Santísimo*. *Las Glorias de María* y *Gran medio de la Oración*.

IX. — FUNDADOR Y MISIONERO

Que la vida espiritual sea solamente una está fuera de dudas.

Cuantas Ordenes y Congregaciones existen, y, con el correr de los tiempos irán naciendo, todas deben estar fundamentadas en el Evangelio.

Pero cada Fundador y cada alma religiosa pone un “algo propio” en su vida, dando una orientación especial al Evangelio. Es decir, sin olvidarse de ninguna de sus partes esenciales, exalta una sobre las demás.

Dios suele —en su Divina Providencia— escoger a un alma, adornada con cualidades excepcionales, y le hace ver la importancia trascendental de una faceta del Evangelio. Le otorga gracias especiales y le empuja a vivir —dentro de la más astricta ortodoxia evangélica— ese nuevo género de vida.

Pronto a su alrededor surgen nuevos seguidores o discípulos, formándose así lo que se llama “Escuela” o “Congregación”.

En la Iglesia no han cesado estas Congregaciones o Escuelas y cada día se multiplican.

San Alfonso, a los pocos años de sacerdocio, se da cuenta de que “la mies es mucha y que faltan obreros para esta mies”.

El solo poco puede hacer. Necesita compañeros y continuidad de sus ideas. Por otra parte su gran humildad no le deja dárseles de “fundador”.

¿Qué puede hacer él, un pobre cura de campaña?

Es por los años 1732 cuando se encuentra con unos compañeros en las montañas de Amalfi. Aquí capta por sí mismo el estado de abandono religioso de cabreros y campesinos. Y aquí hace suyo el lema evangélico:

— “He sido enviado a evangelizar a estos pobres”.

La intervención sobrenatural se deja sentir otra vez. Dios le quería fundador y maestro de misioneros. Así lo había manifestado a una santa religiosa, la venerable sor Celeste Crostarosa, que vivía en Scala, centro de irradiación de los misioneros.

Asesorado por su director y seguido de algunos compañeros, funda el 9 de noviembre de 1732 la Congregación del Santísimo Redentor.

Su fin será “seguir a Jesucristo por pueblos y aldeas, predicando el Evangelio por medio de misiones y catecismos”.

Una tarea exclusivamente apostólica. Excluye desde el primer momento toda otra obra que le impida seguir a Cristo predicador del Evangelio en caseríos y aldeas.

Se abre ahora la época más fecunda y plena de Alfonso.

Durante más de treinta años recorre las provincias del reino con sus equipos de misioneros, que distribuye por todos los pueblos.

Toma por asalto pueblos y ciudades y no sale de allí hasta después de doce, quince días y un mes.

Mantiene con sacerdotes, párrocos, obispos y misioneros una correspondencia numerosa que nos le hace presente en todas las misiones.

No faltan en ella detalles de organización, de enfoque, de preparación de la misión. Le preocupa dotar a su Congregación de un cuerpo de doctrina orgánico y definido de misionar.

Lo va perfilando en sus circulares, en el *Reglamento para las Santas Misiones*, los *Ejercicios de la Santa Misión* y en sus célebres *Constituciones* del año 1764, que encauzan la actividad y espíritu misionero alfonsino.

X. — OBISPO DE SANTA AGUEDA

El episcopado es la plenitud del sacerdocio, pero a la vez no deja de ser una dignidad. No faltan quienes aspiran a ella y quienes la han rechazado también.

Antonio Tannoia (1727-1808), clásico biógrafo de San Alfonso, refiere que pusieron los ojos en la sede vacante nada menos que sesenta candidatos, algunos acerbos, otros maduros, y entre ellos también algunos arzobispos deseosos de sentarse en la silla episcopal de Santa Agueda de los Godos.

Cierto día, hablando con un amigo, se le escapó de la boca esta confidencia:

— “Una de las gracias que el Señor me ha hecho es el haber podido escapar del peligro de ser obispo; peligro que difícilmente hubiera podido evitar de haber continuado en mi casa.”

Su interlocutor se contentó con objetar, sonriendo:

— “¿De veras estáis seguro de que el peligro ha pasado definitivamente?”

Entre todos los pretendientes y presentados por sus padrinos, el papa Clemente XIII pensó en un hombre nuevo, de méritos excepcionales, y sin titubeos señaló para el honroso cargo al Rector Mayor de los Misioneros Redentoristas, el P. Alfonso de Ligorio, famoso por su celo apostólico, su heroísmo y doctrina.

Antes había dicho él, al oír rumores de dignidades, a su director espiritual, P. Cafaro:

— “El Rey ha determinado elegirme arzobispo de Palermo; pero yo soy capaz de internarme en una selva antes que aceptar semejante dignidad.”

Indirectamente, él mismo había llamado la atención sobre su persona, allá por el 1745, con la publicación de sus *Reflexiones útiles para los obispos*. Ni tampoco pasó desapercibido, en 1756, el *Reglamento de los seminarios*, que fue adoptado en varias diócesis, como en Módena, por ejemplo, por el arzobispo G. Fogliani (1757-1785), y comentado por el canónigo de Vita (1708-1744), que fue después elevado a la cátedra de Rieti.

El que era capaz de dar normas tan sabias y prudentes a los obispos —se decía— tenía que tener también madera de obispo.

Por lo demás, Ligorio estaba plenamente convencido de estar fuera de tiro, fiándose en los 65 otoños cumplidos que llevaba sobre sus espaldas:

— “¿Quién pensáis que se pueda interesar por un viejo achacoso...?”

Ni tampoco tenían importancia para él sus prestigiosas publicaciones ni la nobleza de sangre.

Por fin le llegan rumores más ciertos y una notificación de parte del Santo Padre... El no duda en renunciar y escribe una página llena de humildad y sinceridad.

Confiando el documento al mensajero y despidiéndole con una pingüe propina, dejó escapar un suspiro de alivio, declarando al P. Corsano:

— “He tenido que perder una hora de tiempo y cuatro ducados por esta broma... No cambiaré la Congregación por todos los reinos del Gran Turco.”

Aquella espontánea sutileza no significaba que hubiese desaparecido del corazón de San Alfonso todo temor. Dirigiéndose al padre Mazzini, uno de sus discípulos de primera hora, le susurró:

— “Si viene el correo, no me lo paséis; me parece estar viendo al verdugo con la soga en la mano.”

La reacción de San Alfonso ante la dignidad episcopal que se le ofrecía no era debida a timidez congénita, y ella nos trae a la memoria las palabras pronunciadas por San Vicente de Paúl:

“Si yo hubiese sabido lo que era el sacerdocio, cuando tuve la temeridad de entrar en él, como lo supe después, hubiera preferido ir a destripar terrones antes que meterme en un estado tan responsable y tremendo.”

Vinieron nuevos ruegos y nuevas presiones hasta que por fin fue el mismo Papa quien le habló por medio del Nuncio. Y San Alfonso, poniendo el pliego a los pies del Crucifijo y juntando sus manos, inclinó la cabeza cementando:

— “¡Esta es la voluntad de Dios... ¡Gloria Patri! ¿Dios me quiere obispo? ¡Pues yo quiero ser obispo!”

No faltó todavía alguno que trató de interferir lo que se le mandaba, pero el Santo, rectilíneo, se apresuró a interrumpir aquella glosa inoportuna diciendo:

— “No nos cabe otra interpretación: el Papa habla en términos de obediencia: es preciso obedecer.”

El 1762 era nombrado obispo de Santa Agueda de los Godos. Su pontificado dura hasta 1775. Durante este tiempo lleva por dos veces la Santa Misión a todos los pueblos de la diócesis.

El mismo predica el sermón grande de la Misión, o el de la Virgen. Todos los sábados predica en la catedral en honor de Nuestra Señora.

Reforma el seminario y el clero. Para los pobres que le asedian vende su coche y anillo.

Prosigue su actividad literaria, dirigida ahora a deshacer los ataques de la nueva filosofía contra la fe, la Iglesia y el Papa.

Sus pastorales son modelo de preocupación pastoral por los problemas del clero y de los fieles. Su defensa de la Iglesia es constante y eficaz: habla y actúa en favor de la Compañía de Jesús, asiste por un prodigio extraordinario de bilocación a la muerte de Clemente XIII, atormentado en esta hora.

Mientras todas las cortes de Europa presionan y persiguen a la Iglesia, no cesará de pedir oraciones a los suyos y repetir:

— “¡Pobre Papa; pobre Jesucristo!”

Habría que dedicar muchas páginas para recoger el celo que desplegó durante sus años de obispo.

Alguien le insistió en que según la costumbre de la época necesitaba al menos una carroza con la correspondiente plantilla de lacayos. Esta vez, más bien enojado, añadió:

— “Si por obediencia he aceptado el obispado tengo que imitar a los obispos santos, y no me mareéis con carrozas y libreas. ¿Es que tengo que lucirme forzosamente por Nápoles?”

XI. — SANTO DE CUERPO ENTERO

Lo era de veras el obispo de Sta. Agueda. Era humilde, sincero, piadoso, caritativo, era...

Cuando recién elegido obispo se detiene en Torre Annunziata, a los que le dan enhorabuena les responderá, con una graciosa autoironía:

— “El Santo Padre, viéndome un saco de huesos, que no valgo para nada, al fin se convencerá por sí mismo y me enviará de nuevo a morir entre mis hermanos misioneros.”

Su hermano Hércules, que le esperaba con verdaderas ansias, no podía disimular su orgullo al ver al primogénito de la casa rodeado por altas personalidades del mundo eclesiástico y civil y le mostró su satisfacción con gran aparato. Pero Alfonso, fastidiado, no pudo menos de mostrarle su propia amargura:

— “Vos, hermano, no estáis aquí para dar consolación a la carne. No sabéis lo que es ser obispo ni qué el tener que dar cuenta a Dios de las almas de los demás.”

Ya en vida era tenido como tal. Cierta día, en la antecámara del Cardenal Torregioni, dijo a un servidor, señalando a San Alfonso, el Obispo de Bavino: “¿Vos sabéis quién es aquel religioso? Es Alfonso Ligorio, caballero napolitano, hombre docto y santo, y es harto conocido por sus publicaciones en Italia y en el extranjero.”

Alguien le insinuó que escribiese al Santo Padre manifestándole agradecimiento por la dignidad a la que había sido elevado. Mons. Ligorio, que no tenía estilo de los curiales, siempre prontos a dispensar melifluas sonrisas y a pronunciar frases azucaradas, después de un momento de titubeo, se la despachó rápidamente:

— “Beatísimo Padre, ya que os habéis dignado hacerme Obispo, rogad a Dios, para que no pierda mi alma.”

— “¡Cáspita! —murmuró alguno que se esperaba una parrafada untuosa y kilométrica—. ¡No bromea! ¡Esta es peroración de gran predicador!” Clemente XIII, como sutil veneciano, le había comprendido bien; por eso, hablando de él con algunos Cardenales, no temió en afirmar, edificado: — “Cuando muera Mons. Ligorio, tendremos otro santo más en la Iglesia de Cristo.” ¡Y fue un profeta!

El Santo no se preocupaba mucho por los títulos. En cierta ocasión se lamentó, con su gracioso y pintoresco estilo de siempre, diciendo que no sabía quién había sido el inventor de la “porquería del Excelencia”.

San Alfonso tenía siempre sobre los labios dos máximas, que se sabía ya de memoria hasta el pinche de cocina:

1.^a “La casa del obispo no es casa de placer, sino de penitencia.”

2.^a “Todo aquel tiempo que no se dé a Dios y que no se consuma en beneficio del prójimo, es tiempo perdido.”

Basándose en estas dos máximas, hizo su calendario, sin reservarse la más sagaz pausa recreativa. Rehuyó todo pasatiempo u honesta recreación, incluso en los tórridos calores estivales.

El 2-8-1762 escribía su secretario particular: — “¿Deseáis saber algo de nuestro padre...?” Todos admiran su ánimo incansable y su inmensa paciencia en sufrir alborotos y recursos, y su gran caridad en dar audiencia en todo tiempo y a cualquier mujerzuela; ni tiene reparo en bajar a la iglesia para oír las en el confesonario, salir a las salas y presentarse en cualquier lugar para satisfacer a cualquiera.

Es incansable en el predicar. Muestra tanto celo por reorganizar esta diócesis tan desconcertada que no tiene descanso ni sosiego. A unos les llama para hablarles a solas, a otros les recomienda a la vigilancia de los párrocos, y a otros les escribe cartas corrigiéndoles paternalmente. Su mansedumbre y caridad encanta a todo el mundo.

No admite regalos; incluso ha hecho devolver algunas cestas de higos...”

En cierta ocasión el Ministro Bernardo Tanucci no accedió a ciertas demandas del Vicario general, sino que encima le criticó ásperamente. San Alfonso rebatió con franqueza las quejas del Ministro:

“El Marqués Tanucci ha dicho que yo soy un santo y que mi Vicario es injusto. Ha dicho dos mentiras: ni soy santo, ni mi Vicario es injusto, porque él no hace nada sin contar conmigo.”

El terrible toscano, acostumbrado a hacer inclinarse ante él en el Reino las cabezas mitadas, esta vez tuvo que inclinar la suya, retirando la negativa.

XII. — DOCTOR DE LA IGLESIA Y MAESTRO DE ORACIÓN

Bien merecido tiene este título pontificio. Se lo otorgó Pío IX el 1871.

Aún hoy siguen teniendo palpitante actualidad muchos de sus escritos aunque algunos ejemplos son hijos de aquella época.

San Alfonso es maestro sobre todo en Moral y Oración.

Atento observador del panorama de las obras de meditación que existían en su época, y no satisfaciéndole ninguna, se decidió a escribir otras con criterios personales. Poco a poco, llegó a imprimir varios centenares de meditaciones, moviéndose siempre en la órbita seráfica de San Bernardo, San Buenaventura y San Francisco de Sales, en abierta oposición con su siglo racionalista.

Sin despreciar la abundante producción de la escuela francesa, de la que incluso tomó algunas ideas, se inspiró principalmente en la española, a cuya cabeza va la mística doctora Santa Teresa de Jesús, la cual enseñaba que la oración mental no consiste “en pensar mucho en Dios, sino en amarlo mucho.”

Con el fin de extender su misión saludable, procuró adaptarse lo más posible a las condiciones del pueblo y siguiendo su propia índole solicita por hacer desaparecer para siempre de la vida espiritual esas arideces descorazonadas de un falso rigorismo que habían penetrado también en los seminarios y en los conventos.

Echando a un lado los gruesos tomos entonces en uso, hizo del libro de bolsillo su cátedra, sin mostrarse jamás indulgente con una devoción efímera y vaporosa.

Vista la enorme utilidad de los pequeños volúmenes, publicó varios de ellos, según las circunstancias, interrumpiendo los altos estudios teológicos.

En todos ellos se muestra como guía seguro que lleva al amor generoso hacia el Redentor sangrante y la ternura filial hacia la Madre divina, según el genuino espíritu de la Iglesia.

Aquellos que no aciertan a descubrir en ellos más que monótonos sentimientos, deberían declararse un tanto ayunos de principios ascéticos.

De él escribió el Cardenal Lercaro: “El método de San Francisco de Sales era ya sencillo y práctico; San Alfonso lo simplifica más todavía. Pero en él introduce algún nuevo elemento, característico de su espiritualidad. La oración de petición tendrá en dicho método una parte notable.”

El santo escritor y doctor, “el hombre más piadoso del siglo XVIII”, como ha dicho Piolanti, no promueve sentimentalidad, pago de resultados momentáneos expresados con un lánguido suspiro o con una lagrimita.

Exige sólidas resoluciones y no ímpetus intemperantes; sin recurrir a florituras literarias, es capaz de despertar interiores fuegos de arrepentimiento, humildad, confianza y entrega total a la voluntad de Dios.

Tiende en suma, con tenacidad, a esfuerzos prácticos y duraderos sin detenerse en agudas elevaciones. Todo esto no puede cambiarse, como se puede comprender, por una devoción externa y aguda.

Además de docto era práctico San Alfonso. Sin despreciar la ciencia, estimaba en más a los sacerdotes morigerados y sumisos, dispuestos al sacrificio por servir a la Iglesia.

— “Los grandes talentos —hacía notar con fina psicología— son todo erudición y especulación. Si predicán, no se hacen entender; y desdeñándose de adoctrinar a los niños, ponen a estos bajo el cuidado de cualquier curilla. Yo deseo que el párroco se forme a la cabecera de los moribundos y que se recree con los ignorantes, enseñándoles el *Pater noster*.”

Es interesante el juicio que Monseñor Caviglioli notaba en la *Scuola Cattolica de Milán*.

“¡Singular destino el que cupo a la actividad literaria de San Alfonso! Su nombre, el más cotizado en la teología moral del siglo XIX, es sinónimo de guía segura para las más difíciles artes, la clínica de las conciencias. Este prudente e independiente discernidor de las opiniones ajenas, este escritor de amplias miras que tantas cuestiones ha propuesto, tantas ha resuelto, tantas ha dejado fuera de combate, a tantas ha abierto la brecha, ha enseñado cómo se estudia la teología moral.

Lo que él dejó escrito y enseñado fue como una semilla, como una levadura. Aquellos que pretenden ver en San Alfonso nada menos que el jefe de filas de una cohorte de moralistas militantes bajo la enseñanza del equiprobabilismo, y un escaso sentido histórico del terreno en que maduró la *Theologia moralis*”.

XIII. — AUSTERO Y POBRE

Había que describir todo su ajuar para hacer notar el contraste entre sus pobres utensilios y las riquezas de otros prelados de su tiempo. Bastan estas pinceladas:

Alguien se lamentó por qué siempre iba andando y no usaba el coche:

El Santo, contento, exclamó:

— “San Pedro era Papa y no iba en coche y yo no soy más que San Pedro.”

Al Hermano Administrador le tenía bien advertido:

— “¡Todo cuanto de superfluo se prepara en la cocina, se roba a los pobres!”

Y: “La mesa de los obispos no es la mesa de los príncipes.” Un día que había invitado a unos señores y el administrador se excedió:

— “¡Que Dios os perdone, don Félix! ¿Qué es lo que habéis hecho? Yo no he venido aquí para dar banquetes. No quiero hacer sufrir con esto; pero tampoco quiero que se exceda. ¿Habrá en el mundo tantos pobrecitos que se mueren de hambre, y nosotros vamos a banquetear?”

El abogado Melchionna se permitió recomendar confidencialmente al Santo que no se excediese en humillaciones, al menos delante de los artesanos y gente de pocas luces. El carácter episcopal —a su juicio— debía ser guardado con todo decoro para no exponerlo a faltas de respeto. Monseñor respondió con sencillez:

— “Querido amigo, la humildad nunca ha hecho daño a nadie”.

Era precisamente este modo tan evangélico de conducirse, ajeno a aquella época desdeñosa, el que le atraía las simpatías más cordiales.

En una ocasión, tuvo que llegarse hasta el palacio real para despachar ciertos asuntos. Un soldado que estaba de guardia, al verlo sin afeitarse y con el cabello despeinado, señalándoselo con el dedo a un conmlitón, exclamó:

— “Mira qué clase de obispo: no gasta una perra en afeitarse.”

Monseñor añadió sonriendo:

— “¡Bendito sea Dios!, tengo que dar cuenta incluso a los soldados si me afeito o no.”

Y sin más complicaciones subió.

A quien le sugería que se vistiese mejor para hacer honor a la familia y a la dignidad eclesiástica, le respondía alegremente:

— “A un obispo viejo le convienen ropas viejas. Yo tengo que pensar en vestir a los pobres.”

Fue un día a visitarlo don Juan Puoti y, viéndolo en hábito prelaticio, supuso que estaría para salir y le preguntó lleno de perplejidad:

— “¿Estáis en la función, Monseñor?”.

El Santo respondió sonriente:

— “No, me estoy remendando la sotana.”

El obispo Albertini, que por razones de conciencia le visitaba muchas veces, decía:

— “Si nosotros usásemos lo que él usa, seríamos tomados por chiflados; en Mons. Ligorio, en cambio, todo exige respeto, veneración y obsequio.”

Y añadía:

— “Yo desde esta ventana me consuelo mirando hacia Santa Agueda y mirándome al espejo de Mons. Ligorio.”

Su humildad era enorme. Un editor de sus obras quiso sacar su retrato. El Santo, el 21-1-1762, le decía secamente:

— “Del retrato cuando yo haya muerto, entonces podrán hacer de mi cuerpo lo que les venga en gana, aunque mejor sería que lo metiesen en cualquier estercolero, como yo merezco; pero ahora que estoy vivo, yo no deseo ni ser nombrado siquiera.”

XIV. — LA CARIDAD, SU VIRTUD PREDILECTA

No se sentía a sus anchas entre los príncipes y gente noble. Sí entre los niños, pobres y sencillos.

Al atardecer solía recorrer las calles y plazas más abandonadas de Santa Agueda o de Arienzo como un compasivo samaritano.

Por la mañana, en el altar: el encuentro con Cristo en la santa Misa; por la tarde, en las chozas y tugurios: el encuentro con Cristo en el alma abandonada de algún pobre o enfermo. Eran los momentos más deliciosos y gratos de su jornada episcopal.

Cuando alguno se atrevía a decirle que se cuidase, que no se fatigase tanto, le respondía:

— “¿Qué gran caridad sería la mía, si no me esforzase con algún trabajo en beneficio del prójimo?

¡La obligación del obispo es mucho más estrecha que la de cualquier cristiano e incluso que la de cualquier eclesiástico!”.

Su biógrafo Tannoia escribió:

— “Tenía entonces Monseñor setenta y siete años, enfermo y lisiado —y aunque sólo fuese el peso de la vejez, era bastante—, y a pesar de todo quería recorrer el país y visitar a los enfermos. Al ver a un anciano decrepito, con la cabeza inclinada, dando con la barba en el pecho, todo tembloroso, que para subir y bajar del coche tenía necesidad de mis brazos y de los de su criado Alejo, no podía menos de sorprenderme. Yo siempre lo tuve por un acto heroico, y no podía mirarlo sin derramar lágrimas.”

Las visitas no eran estériles, no se reducían a una compasión de solas palabras: animaba como buen pastor a la paciencia, preparaba para los sacramentos, entregaba limosna a los necesitados.

Ya hemos recordado que en sus escritos procuraba tener presente más bien a los sencillos que a los sabios. Otro tanto hacía en su predicación y así recomendaba misionar a sus hijos:

No se cansaba de repetir:

— “Jesucristo cuando predicaba, no andaba buscando períodos redondos, ni palabras, ni frases retóricas. Era todo sencillo y popular; ni se servía tampoco de argumentos difíciles e intrincados. Predicando, no se servía más que de parábolas y ejemplos. Estos mueven y quedan impresos,

tocan el corazón y mueven la voluntad. Si no se predica con espíritu evangélico, se hacen inútiles tantos viajes, tantos gastos y fatigas.”

Además, hablando fuerte: “¿por qué se ha de hablar con tono? Se debe predicar como si estuviese hablando con una persona en la habitación, persuadiéndole a la virtud o contándole algún hecho; y así se habla en estilo familiar, sin tono, y se hace con fruto.”

Solía comparar a los oradores que predicán con estilo alto y florido “con los fuegos artificiales que mientras duran, hacen mucho ruido, pero después no queda de ellos más que un poco de humo y cuatro papeles quemados.”

XV. — CONSEJOS DE AYER PARA JÓVENES DE HOY

San Alfonso amó a su hermano Hércules y a los hijos de este, sus sobrinos. Pensando en ellos y su futuro les escribió una preciosa carta que es una joya para todos los jóvenes de hoy. Lo hacía el 4-4-1780, es decir, hace dos siglos, pero parece escrita para nuestra juventud, hoy gran parte tan alocada y pasotista:

“Yo os esperaba aquí para daros la última bendición y los últimos recuerdos, ya que es milagro de la bondad del Señor que yo viva otro poco de tiempo para llorar mis culpas; pero sea por siempre bendito el Señor Dios, a quien no le ha parecido bien darme este consuelo, que yo por lo demás no merecía.

Os bendigo, pues, desde lejos, y os bendigo de corazón; y ruego a Dios bendito que El también os bendiga desde el cielo e infunda en vuestros tiernos corazones el santo temor y amor: amor que dure siempre y os conduzca a la bienaventurada eternidad donde, si el Señor usa conmigo de misericordia, os espero.

Que temáis siempre a Dios como a vuestro Señor, pero que más bien lo améis como a Padre, nombre dulcísimo con el que le llamáis todos los días en la oración dominical diciendo: Padre nuestro.

Sí, El es vuestro padre, amadlo, pues, con ternura. El es padre, pero padre bueno, dulce, amoroso, tierno, benéfico, misericordioso: otros tantos títulos por los que vosotros debéis amar a este vuestro padre con afecto cordial, tierno y agradecido. ¡Y dichosos de vosotros, si le amáis con sinceridad de ánimo desde la niñez!; no os parecerá duro, sino suave el yugo del Señor, y amables sus santísimas leyes, aprenderéis a vencer vuestras pasiones desordenadas, y a triunfar de los enemigos de vuestras almas. Vuestro hábito en el bien obrar se irá fortificando poco a poco en vosotros, con lo que os resultará llano y suave lo que a los otros, caídos en los vicios, les será molesto y difícil.

Amad a Dios, hijitos míos. Os llamo hijos, sí, porque os amo con afecto de caridad como padre, porque quisiera formar en vuestro espíritu la santa caridad.

Amad, hijitos míos, al Señor Dios y a Jesucristo, y amadlo con todas las fuerzas y guardad celosamente en vuestro corazón este amor temiendo

perderlo. Gran pérdida es el perder el amor de Dios, su gracia y su amistad, incurrir en su enojo y en sus venganzas.

Os recomiendo por eso que seáis humildes. El humilde huye de los peligros; y en las tentaciones involuntarias recurre con confianza a Dios, y así se conserva en el divino amor. El soberbio fácilmente cae en el pecado y en la ofensa al Señor. Sin humildad, o no haréis nunca verdadero bien, ni tendréis sincera y sólida virtud, o la perderéis fácilmente.

Dios resiste a los soberbios y usa de misericordia con los humildes. Estos son mirados por el Señor con ojos compasivos y son amigos de Dios.

Si tenéis cuidado de vosotros mismos, no seréis soberbios, puesto que encontraréis en vosotros mismos para siempre humillaros. Habéis nacido en buena familia, pero esto es un don de Dios. Estáis en un colegio, regido por celosos y providentes señores, en los cuales se juntan a su elevada alcurnia grandes y singulares virtudes; en él sois bien educados por maestros prudentes, sabios, morigerados: y esto es también un beneficio del Señor. Estáis ahora, como espero, en gracia de Dios: y esto es también puro efecto de la divina beneficencia. Todo, en suma, es don del Señor, todo cuanto tenéis de bueno; por eso sois más deudores a la divina bondad y no debéis por tanto ensoberbeceros.

Porque si después consideráis vuestras faltas, que son verdaderamente cosa vuestra, no tendréis más remedio que humillaros siempre. Con humildad, con amor y gratitud, obedeced en el colegio a vuestros superiores, los cuales ya os enseñen, ya os acaricien, ya os corrijan, siempre os demuestran el afecto de caridad de sus corazones; y si bien a vosotros os disgustan las correcciones, sabed que esas mismas correcciones son efecto del amor que os tienen esos buenos religiosos.

Obedecedlos como a otros tantos padres vuestros; porque vuestro padre a ellos os ha confiado y os los ha señalado por padres. Obedecedlos, respetadlos, amadlos como debéis respetar, obedecer y amar a vuestro mismo padre.

Espero que así lo haréis para dar gusto a Dios, a vuestro padre y a mí.

Me he enterado, con pena, que os aplicáis poco al estudio. ¡Oh, hijos, si supieseis lo mal que hacéis!

La ignorancia y el ocio son las fecundas fuentes del pecado y los vicios.

Estudiad, por tanto, con atención, con aplicación, con empeño, para conocer a Dios, sus beneficios, sus recompensas y para poderlo contemplar y amar sobre todas las cosas.

El ignorante poco o nada conoce a Dios, ni sus beneficios, ni las propias obligaciones y deberes, y por eso obra mal. Estudiad, pues; y antes que yo muera, hacedme conocer el provecho que sacáis de estos mis recuerdos.

Yo estoy al fin de mis ideas, ni sé si me volveréis a ver más. Queden impresas en vuestros corazones estas mis últimas exhortaciones, y produzcan en vosotros el provecho que yo deseo.

Leed esta mi larga carta; preguntad la explicación de lo que no entendáis; e imprimidla en vuestra memoria, a fin de que podáis poner por obra cuanto en ella os digo.

Amad muchísimo a Dios; estudiad para conocer a este grande y amante Señor, y para seguirlo amando siempre; guardad en el corazón este amor santo con humildad; obedeced con docilidad y amor a vuestros superiores, a vuestro padre; observad las reglas del colegio por dar gusto a Dios; sed devotos de María Santísima, bajo cuya tutela y patrocinio os dejo, y a la que os encomiendo con cálido afecto; y os bendigo en Jesucristo, a fin de que seáis suyos en el tiempo y en la eternidad. Amén.

Saludad, en mi nombre, al P. Rector y a todos los demás Padres, los cuales os atienden en ese colegio, y a los que yo doy las más vivas gracias por el interés que con vosotros muestran; y de nuevo os bendigo.

Vuestro afectísimo tío

ALFONSO DE LIGORIO, OBISPO.”

Ojalá estos maravillosos consejos de tan experimentado maestro hagan un gran bien a los jóvenes de hoy.

XVI. — CANTOR DE LA ORACIÓN

San Alfonso María de Liguori fue un dechado maestro o modelo de alma orante y San Alfonso fue asimismo un magnífico maestro de oración. En otras palabras: la vivió y la enseñó.

Mucha y rica es la literatura en la que trató el tema de la oración. Lo hemos recordado en el capítulo II.

Escribió un precioso libro que tituló: “*Gran medio de la Oración*” que publicó en Nápoles el 1759. En tan importante libro enseña cómo es necesario orar a imitación de Jesucristo, y de la Virgen María.

La oración, viene a decir, es el fundamento de toda nuestra existencia y el apoyo de toda vida que quiera vivir el espíritu de Jesucristo.

En el capítulo XII ya hemos contemplado al Santo Doctor como gran pedagogo y eminente Doctor de la Oración. Cómo debe ser y condiciones que le deben acompañar para que sea eficaz.

Baste aquí recordar algunas ideas más:

De su ardiente alma orante brotó otra obra también muy importante, a la que él mismo bautizó como “la más devota y útil de mis obras”: *Práctica de amor a Jesucristo*.

San Alfonso no se preocupaba tanto en saber como en amar. Dejando a un lado la erudición, se esforzaba por profundizar en la unión de las almas con Cristo a través de la oración.

En cierta ocasión se lamentaba:

— “Tengo entendido que algunos de los nuestros han comenzado a predicar con estilo elegante. Vuelvo a repetir que el estilo familiar y la oración es lo que da éxito a nuestras misiones, novenas y ejercicios.”

Hoy gracias a Dios se da una gran importancia a la oración litúrgica. En su tiempo él fue un innovador. Amó el *Oficio Divino* y cuanto a la sagrada liturgia se refiere con toda su alma.

La Santa Misa era el centro de su día y de su vida. Escribió varios libros sobre la Misa y el Oficio Divino. Solía decir:

— “¡Oh, cuán grande es el mérito de un solo Oficio recitado con devoción!”

Recitaba reposada y atentamente el breviario, sin omitir las acostumbradas oraciones, que no eran breves, después de haber terminado con sus tareas curiales.

Cuando los últimos años de su vida ya no podía escribir... pasaba todas las horas del día orando.

San Alfonso da una gran importancia a la parte afectiva, al amor. Insiste en la gran parte que tiene el corazón y los afectos en la vida espiritual, porque el corazón manda.

— “Amemos a Jesús. ¡Qué vergüenza si el día del juicio una pobre vieja ha amado a Jesús más que nosotros!”

Esta ternura afectiva no tiene otro fin que adentrarnos en Jesús para conocerlo e imitarlo. El amor es en San Alfonso principio de conocimiento e imitación en cuanto el amor nos acucia y estimula a asemejarnos al Amado.

Insiste en que la oración es fácil y que todos pueden rezar. Hay que hacérselo creer así al pueblo. La oración es, además, el medio universal de todas las gracias. Todos tienen la gracia suficiente para rezar y rezando alcanzarán las gracias eficaces para salir del pecado y para perseverar. De ahí su gran principio:

— “El que reza se salva, el que no reza se condena.”

XVII. — JESÚS EUCARISTÍA

Ya lo hemos dicho ahora: La Misa era el centro de toda la persona del sacerdote y del obispo Alfonso María de Ligorio.

La vida litúrgica, que tan esmeradamente cumplía, era consciente que era en obsequio del culto eucarístico y de la Palabra de Dios a los que tanto amaba.

San Alfonso sabía del valor de la oración y que ésta en ningún lugar se hacía con más devoción ni era tan eficazmente escuchada como cuando se practicaba ante Jesús Eucaristía.

A su ardiente pluma se deben varias obras que trataron este tema:

Respuesta apologética, es una ardorosa defensa de la comunión frecuente, contra un tal Aristario que recomendaba lo contrario.

El obispo de Santa Agueda de los Godos, con sus fervorosos escritos eucarísticos, fue innegablemente la aurora anunciadora del clima eucarístico establecido de un modo definitivo en 1905 por San Pío X.

Una especie de periodiquillo, titulado *Avvisi*, anunciaba el 14-9-1762:

— “Quienquiera que desee la respuesta apologética sobre la frecuente Comunión, de Mons. D. Alfonso de Ligorio, juntamente con la réplica hecha a la misma por Cipriano Aristario, sepa que se venden en la imprenta de Rafael Lanciano...”

Y el 23-3-1762:

— “Ha salido a la luz una Carta, que sirve de advertencia a los confesores, dirigida por el M.R.P.D. Alfonso de Ligorio, sobre la frecuente Comunión, tratada por él mismo en su Guía espiritual.”

Precioso su libro: *“Visitas al Santísimo Sacramento*, que tantas veces y en tantos idiomas ha tenido el honor de ser editado. ¡Cuántas almas han encontrado en él rico venero para su adelantamiento espiritual!

Un joven soldado, como otros miles de personas de toda clase social, acudió al Santo obispo de Santa Agueda pidiéndole consejo y orientación sobre la vocación.

El Santo prelado les contestaba el 3-12-1772:

— “Sí, señor, se ha de dejar el padre y la madre cuando Dios así lo quiere; pero esta voluntad de Dios no aparece.

Conservad la idea de estar dispuesto a hacerlo, cuando el confesor os lo mande; procurad comulgar con la mayor frecuencia que os sea posible, con la obediencia del confesor.

Retiraos un poco el tiempo que podáis durante el día, o por la noche, a pensar sólo en Dios, leyendo algún libro espiritual.

Cuando podáis, oíd la Misa, haced la visita al Santísimo Sacramento (digo, cuando se puede), y seguid adelante.

Pedid al confesor que os dé licencia para comulgar más a menudo, y luego pedid a la casa (donde servís) que os den un poco de tiempo para comuniones, incluso en días de labor, pero no os detengáis demasiado en la Iglesia, porque esto molestaría a la casa, y no está bien.

En las comuniones encomendaos a Jesucristo, y yo lo haré por vos en la Misa.”

Buen mensaje para una profunda vida que brote de la Eucaristía...

XVIII. — DEVOCIÓN MARIANA

Fue la médula de su vida y el hilo conductor de su fecundo apostolado.

Bien podemos afirmar que toda su vida fue un himno mariano.

Siendo todavía muy niño, con frecuencia, le encontraban sus compañeros extasiado ante la contemplación de una estampa de la Virgen que siempre llevaba consigo.

Llamado por María, abandonó la carrera forense de los tribunales de los hombres, para convertirse en acabado jurista y pregonero de los deberes y glorias de Jesús y de María.

Ya Sacerdote se obligó, con voto, a rezar todos los días el Santo Rosario.

Comprendió a maravilla el mal tan inmenso que la peste jansenista estaba esparciendo por todas partes.

Ni siquiera había dejado intacta la devoción a la Llena de Gracia. Alfonso sabía que María es “la que ha exterminado las herejías en todo el mundo”, como canta la liturgia.

Alfonso, después de añadir a su nombre el de la Madre del cielo, se propuso defenderla de los atrevidos blasfemos y satánicos ataques.

Su precioso libro, *“Las Glorias de María”*, esparció rápidamente por todas partes el amor a María y la confianza en María, y supo disipar los negros nubarrones que amenazaban cubrir el claror del cielo de la Iglesia.

San Alfonso es el Doctor de la salvación, por medio de María.

Al tocar el reloj, saludaba a la Reina del cielo, con el fervoroso rezo del Avemaría.

Cuando ya anciano, el oído se le fue endureciendo, rogaba al Hermano que le acompañaba, le avisase al dar la hora, para' rezarla.

Defendió miles de veces, de palabra y por escrito, los principales privilegios de nuestra Madre.

“Las Glorias de María” es un monumento indestructible contra los que negaban a María la preciosísima perla de la “Mediación Universal”. María Mediadora de todas las gracias, y María Auxilio de los cristianos, es el tema principal de obra tan preciosa.

Acérrimo defensor de la Inmaculada Concepción de María, exhortaba a sus religiosos a que, después de concluido el cuarto año de Teología, hiciesen el voto de dar su vida y su sangre por defender este misterio.

Siempre practicó y recomendó a sus Religiosos que al final de unas misiones, jamás debía faltar un sermón sobre el Patrocinio de María.

— “Este sermón —decía— debe despertar aquellos corazones que han permanecido dormidos a todas las demás exhortaciones.”

Y así le sucedía.

Las vigiliass de las festividades de María, las pasaba, casi todo el día, ante una imagen de la Madre.

Su ayuno era riguroso: un mendrugo de pan, y nada más.

Padeciese o disfrutase... fallos y éxitos... todo lo ofrecía a María. Siempre acudía a Ella.

Su devoción carmelitana fue extraordinaria.

El sábado, día dedicado a la Madre del Carmelo, era su día preferido. Desde muy niño, pasaba ese día a pan y agua. Así lo hizo hasta su muerte. Ya sacerdote se obligó, con voto, a predicar un breve sermón sobre la Santísima Virgen todos los sábados.

Vistió el Santo Escapulario del Carmen desde muy niño, y jamás se lo quitó del pecho. Era exactísimo en cumplir las obligaciones que impone a quienes lo visten debidamente.

Cuánto agradaba todo esto a María, es fácil comprenderlo por los hechos que después siguieron.

Alfonso nació en Marianella, pequeño pueblecito, próximo a Nápoles. Su casa se ha convertido, en la actualidad, en un bello convento e iglesia, propiedad de sus hijos, los Redentoristas. Aquí poseen una especie de Museo, en el que se encierran reliquias y objetos piadosos, relacionados con el Santo.

El corazón del turista carmelita que tiene la felicidad de visitar aquel bendito Museo, salta de gozo y sus ojos pronto dan con un cuadro, que le roba la atención. Es bonito, a la vez que sencillo. Cubierto con un cristal, encierra un Escapulario del Carmen, del tamaño del que suelen llevar exteriormente los cofrades en España. Allí hay un epígrafe, escrito en latín, que explica al curioso turista de qué se trata.

Mejor que explicártelo yo, amado lector, escucha al docto y piadoso P. Berruti (1816-1891), que llegó a ser Rector Mayor de la Congregación de Redentoristas, en el capítulo XVIII, página 145, de su preciosa obra “El Espíritu da San Alfonso”:

“Y como los Siervos de Dios se glorían de ser también siervos de su Madre, Alfonso vistió siempre la divisa de siervo devoto y amante de María, llevando el Sagrado Escapulario del Carmen, de la Inmaculada y de María Santísima de los Dolores. Y es cosa admirable, milagrosa, que al hacerse el reconocimiento de sus restos mortales, habiendo sido enterrado por muchos años el sagrado cadáver, allí donde se hallaron marchitos y pulverizados, el roquete, el alba de lino y todos los demás vestidos pontificales con que estaba vestido el Santo al ser sepultado, se encontró intacto de toda especie de corrupción el Escapulario del Carmen, con el cual había muerto, queriendo la Augustísima Señora dar a conocer a todo el mundo cuán agradable le fuese la devoción de su fiel servidor.”

“Vestía tres Escapularios”, dice este doctor Redentorista.

En el Obsequio VI de la segunda parte de las *Glorias de María*, dice el mismo Santo Doctor, después de hablar del Escapulario del Carmen, de los Dolores, de la Merced, de la Purísima: “Yo, por mí, todos los he tomado.”

Pero es claro que únicamente fue enterrado con el Escapulario Carmelita y que él fue objeto del milagro. ¿Por qué —nos preguntamos—, el roquete, el alba, y todos los hábitos pontificales con que fue sepultado, se hallaron pulverizados después de veintiocho años, y el Escapulario del Carmen estaba como el mismo día que se lo colocaran?

Contesta el P. Berruti: “La Augustísima Señora quiso dar a conocer a todo el mundo, cuán agradable le era la devoción de su fiel siervo.”

En la primera parte (cap. 8,2) de “Las Glorias de María”, tratando de María, como Patrona y Aliviadora del Purgatorio, trae en síntesis toda la historia del Privilegio Sabatino. Pero es en la segunda parte (Obsequio VI), donde, de un modo especial, habla del Santo Escapulario carmelitano. Entre otras cosas, dice que:

“La Reina de los Angeles gusta de ver pendientes sus Escapularios del pecho de sus hijos y devotos, consagrados especialmente a su amor y servicio, cómo personas de su casa y familia.”

En otra de sus obras, “*Selva di materie predicabili*”, también habla del Santo Escapulario. Como obra menos conocida de nuestros lectores, transcribiremos aquí lo que dice. Trata de enseñarnos que hemos de acudir a María, aunque sea con cosas pequeñas, con tal que sean constantes:

“Nosotros no hemos de contentarnos con ofrecerle poco. Al menos, ofrezcámosle todos aquellos obsequios que ordinariamente suelen ofrecerle todos sus devotos. Como son, recitar diariamente el Rosario,

hacer sus Novenas, ayunar el Sábado, llevar el Escapulario, visitar diariamente alguna de sus imágenes y pedirle alguna gracia especial, etc.”

Su gran amor a María, no le permite que nadie se atreva a tratar menos dignamente su amada devoción al Santo Escapulario. Se levanta sumamente enojado contra esos detractores que se atreven a llamar “devocioncillas” a los Escapularios y al Rosario de María.

“Devociones tan piadosas, que tantísimo las he amado desde mi niñez.”

No fue el último de los motivos que indujeron a San Alfonso María de Ligorio a amar tan entrañablemente al Santo Escapulario y a la Orden del Carmen, la ferviente devoción que siempre profesó a Santa Teresa de Jesús, hija ínclita y prez del Carmelo.

María era su ayuda en todo momento.

“El demonio ha querido arrojarme a la desesperación —decía después de una violenta tentación—, pero María, mi buena Madre, me ha socorrido y no he ofendido a Dios.”

Un día —era ya muy anciano—, hablando con su director, se le escapó de la boca que de joven hablaba muchas veces con la Santísima Virgen; que de Ella tomaba consejo, y escuchaba de sus labios tantas cosas bonitas.

Se sabe ciertamente que la Santísima Virgen se le apareció en una pequeña gruta de la Scala, a donde él se había retirado para hacer penitencia.

En Foggia, mientras predicaba sobre el Patrocinio de la Santísima Virgen, fue arrebatado en éxtasis, delante de una gran muchedumbre de gente, rayos de luz refulgente, despedidos por la imagen de María, iban a dar en el rostro del Santo. Cosa semejante se repitió en Amalfi y en Arienzo, mientras San Alfonso hablaba de María.

Habría que añadir mucho aún que nos serviría para aumentar en nuestro amor e imitación hacia Nuestra Dulce y Santísima Madre. Visitó Loreto, la Casa de la Virgen, y allí prometió gastar su vida en darla a conocer y hacerla amar.

Al pisar tierra de su nueva diócesis, lleno de emoción se arrodilló para encomendar a sus ovejitas a la Santísima Virgen. Con ello cumplía una vez más lo que solía decir:

“¡Felices las acciones que se encierran entre dos Avemarías!”

Todos sus múltiples y fervorosos escritos los compuso ante un crucifijo y un devoto cuadro de la Santísima Virgen del Buen Consejo que le acompañará a todas partes y la llamaría “su corazón”.

Llenaríamos páginas y más páginas de trozos sublimes de sus obras sobre la Madre Benditísima. Hasta pintó y dibujó imágenes de Ella.

Antes de tomar una decisión importante solía decir:

— “¡Poco a poco, no tanta prisa! Antes quiero aconsejarme con la Stma. Virgen María y luego veremos qué es lo que decido.”

Hablando o escribiendo de María empleaba un lenguaje lleno de ternura. Para María compone poesías y canciones de honda inspiración. Nunca, sin embargo, sacrifica la verdad al corazón. Su célebre libro de *Las Glorias de María*, asienta las grandes verdades de la fe sobre María: Madre de Dios, intercesora, medianera, inmaculada, que dan lugar a este lenguaje del corazón. Hace resaltar el aspecto práctico de la devoción a María en la vida de los cristianos. Formula este gran principio:

“El verdadero devoto de la Virgen se salva.”

En sus misiones no deja nunca el sermón de la Señora.

— “Porque la experiencia ha probado ser necesario para inspirar confianza al pecador.”

Sin duda el mayor secreto de su doctrina y de su supervivencia es el haberla vivido él antes intensamente.

Poco antes de morir rogó al Hermano Francisco Antonio le leyera algo de la Virgen. Preguntó qué libro leía: y diciéndole que aquél había sido compuesto por él, *Las Glorias de María*, todo enternecido exclamó:

— “¡Jesús mío, te doy gracias porque me has hecho escribir de tu Madre! ¡Oh, qué hermosa consolación en punto de muerte, pensando haber promovido la devoción a María Santísima!”

En cierta ocasión no acababa de empezar a tomar su frugal alimento, porque le parecía no haber terminado una decena del rosario. El enfermero, poniéndole delante la cuchara le exhortó a dejar a un lado la devoción para comer. El Santo, con su acostumbrada agilidad de mente, repuso:

— “Vale más un Avemaría que todos los manjares del mundo”.

Queremos terminar este capitulillo con la interesante nota de los Editores que precede a la edición de la primera parte de las *Glorias de María* por D. Andrés Codesal en 1978. Esta nota nos revela el gran influjo y actualidad que esta obra ejerció y sigue ejerciendo en la espiritualidad mariana de la vida cristiana.

Razón tuvieron los ilustres jesuitas redactores de la “Civiltà Cattolica” en dejar en ella asentado que San Alfonso María de Liguorio sobrepaja con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de estos

últimos siglos. (B. A. C.: OBRAS ASCETICAS DE SAN LIGORIO, pág. 4).

Respeto a Las Glorias de María, decía el P. Stocchi, S.J., que no están escritas con palabras, sino con fuego; y el cardenal Deschamps, que despiden tanta luz y rebosan tal unción, que no es posible leer una sola de sus páginas sin sentirse hondamente conmovido. (Ibid., pág. 516).

Pero lo que mejor puede demostrar la aceptación que esta obra ha tenido entre los amantes de la Virgen es la cantidad de ediciones que han sido precisas para atender su demanda.

Hasta ahora podemos contar con 111 ediciones italianas, 82 inglesas, 60 españolas, 328 francesas, 64 holandesas y 80 de otras diversas lenguas. (Ibid., pág. 517).

Y que la obra sigue en plena actualidad se demuestra por la reciente encuesta realizada entre los religiosos españoles sobre cuáles son los mejores libros, quedando *Las Glorias de María* en el segundo puesto, inmediatamente después del Nuevo Testamento.

XIX. — ELOGIOS

Son muchos los que ya hemos recordado en cuanto precede. Pero queremos añadir aquí algunos.

El Cardenal Carlos Rezzonico, veneciano (m. 1799), al conocer el alarmante estado de salud en que se encontraba San Alfonso, escribió: “Sabed que yo ruego más al Señor por su salud que por la mía; es más: ruego a Dios que me abrevie a mí los días y que se los alargue a aquel santo anciano. Su vida es harto preciosa y de gran provecho para la Iglesia”. Era el concepto general que se tenía de la santidad de Monseñor Ligorio.

También el arzobispo de Benevento, creado Cardenal en 1775, Francisco Banditi, de Riimini (m.1796) confesaba: “Yo ruego continuamente al Señor que me quite a mí los años de mi existencia y que los añada a la suya, porque su vida es útil para la santa Iglesia.” San Alfonso era el más santo, docto y celoso de sus sufragáneos, que brillaban en la vastísima archidiócesis) como una estrella radiante.

Un ilustre historiador italiano —Luis Antonio Lacatelli (1780) escribió en su obra *La edad de la Iglesia*.

— “Concluiré los escritores de este último siglo XVIII con el nombre siempre glorioso de Mons. Alfonso de Ligorio, obispo de Santa Agueda de los Godos. Este digno Prelado ha dado a luz pública muchísimos volúmenes de obras, todas ellas sagradas y todas relacionadas con el ministerio eclesiástico.

En cada una de estas obras se ve con cuánto celo y virtud está él adornado para gloria de Dios y para el bien de sus prójimos. Deseo y ruego muy de corazón al Señor para que se digne largamente conservarlo para provecho espiritual de su católica Iglesia.”

Corrió el rumor de que había muerto. Y pronto la prensa reconoció por doquier sus méritos. El 22-1-1771 un diario de Nápoles escribía:

“Ha pasado al eterno descanso Monseñor D. Alfonso de Ligorio, obispo de Santa Agueda de los Godos, patricio napolitano, fundador de muchas congregaciones y de espíritu limpísimo. Sus obras publicadas se caracterizan por la piedad y las singulares virtudes que le adornaban: una sola es suficiente para hacerle un eterno elogio. Todas las rentas de su obispado las empleó en beneficio de los pobres y de las iglesias. Jamás

quiso servirse de coche, fue celoso de la gloria de Dios y un óptimo Prelado.”

Al enterarse el santo obispo no pudo menos que sonreír y bromear. El canónigo Domingo Spato fue de propio a visitarlo, a Arienzo. Al volver a Roma escribió:

“He admirado la magnificencia de Roma, pero la impresión que me ha causado la vida admirable de Monseñor Ligorio ha eclipsado en mí la admiración de Roma y de Nápoles.

He visto un santo obispo de los primeros siglos que yacía en el lecho por sus crónicas enfermedades, con hilaridad de semblante y de mente sana, siempre ocupado en obras de la gloria de Dios, y en el gobierno de su diócesis; pobrísimo hasta el detalle de que sobre su pobre lecho tenía su sotana de religioso como sobrecama, un cortinaje viejo y de bajo precio sobre sí mismo, en su anillo pastoral una piedra falsa y su cruz pectoral de semejante valor.

Por el contrario, a nosotros nos ha obsequiado con una comida y una cena bastante opípara, de modo que yo le pregunté: Monseñor, ¿cómo se compagina vuestra pobreza con la abundancia de la mesa? y él, jovialmente, respondió: La hospitalidad es hija de la caridad y no de la pobreza.”

XX. — OCASO

Los años y los achaques le vinieron encima. El 30-4-1771 escribía:

“Yo llevo ya cerca de tres años en cama, tullido, pues he perdido el uso de las piernas debido a un gran reumatismo que me puso a las puertas de la muerte y me ha dejado lisiado. Apenas si puedo dar unos pasos apoyado en los demás; pero el Señor, por su misericordia, me ha dejado libre la cabeza.” Sufría unos dolores a través de la cabeza y reumatismo. Cuando más arreciaban estos colocaba su cabeza sobre un crucifijo a cuyo pie había escrito: “Así se ama”.

Varias veces solicitó del Papa la renuncia al gobierno de la diócesis pero esta no llegaba. Clemente XIII llegó a decir:

— “¡Me basta su sombra para que sea de provecho a toda la diócesis!”

Y en otra ocasión:

— “Me contento con que gobierne la diócesis desde la cama.”

“Vale más una oración suya desde la cama que si otro estuviese recorriendo durante cien años toda la diócesis”.

Y en otra ocasión dijo:

— “Una oración a Dios hecha por el santo obispo desde su cama vale por cien visitas.”

San Alfonso, ante las negativas pontificias exclamaba resignado:

“La voz del Papa es para mí la voz de Dios; y muero contento, si por voluntad de Dios muero oprimido por el peso del episcopado.”

Por fin el Papa Pío VI le alivia de su cargo pastoral en 1795.

Sus achaques aumentan. Pero él no pierde el buen humor.

— “Tantas veces me han llamado cabeza gacha, que al fin lo soy.”

El sirviente, cuando lo veía mal sentado, le decía:

— “Monseñor, poneos derecho que así está incómodo.”

A lo que él, con chispeante gracia, respondía:

— “Por más que me enderezo, siempre me encuentro torcido.”

A los que le pedían una curación, les replicaba agudamente:

— “Si fuese santo y pudiese hacer milagros, pie curaría a mí mismo que estoy tullido y no valgo para nada.”

Siempre jovial y humorista.

Vuelve a los suyos pobre, como pobre había salido, según reza el Breviario. Se recluye en su casa de Pagani para esperar la muerte. La estará esperando todavía doce años entre achaques que van desmoronando su cuerpo. Este período significa el eclipse de una vida entre resplandores de ternura, devoción, ingenuidad inefable.

En esta postración obligada siente la sequedad, el abandono de Dios que había sentido de joven. Experimenta también el gozo y la exaltación de las realidades sobrenaturales. Las anécdotas abundan: — “Hermano, yo quiero ver a Jesús; bájeme a la iglesia, se lo suplico.”

— Monseñor —dice el hermano—, allí hace mucho calor.”

— “Sí, hermano, pero Jesús no busca el fresco.” Otro día:

— “Hermano, ¿hemos rezado el rosario?”

— “Sí, padre”.

— “No me engañe, que del rosario pende mi salvación.”

La prueba más dura viene con la persecución y división de su Congregación. El será separado y excluido temporalmente de ella. Mientras se hace la verdad espera repitiendo:

— “Voluntad del Papa, voluntad de Dios.”

Muchas veces, durante su vida, había pedido a la Santísima Virgen que en los críticos momentos de su muerte se acordase de él.

Ya nonagenario y próximo a bajar al sepulcro,

Satanás no estaba contento. Puso en juego todas sus artimañas para hacerle caer. Era entonces cuando, a pesar de su edad, se retorció con la furia de un demente y gritaba una y mil veces:

— “¡Oh, Jesús!, muera yo antes de ofenderte. ¡Oh, María, si no vienes en mi auxilio, seré más criminal que Judas...!”

Su oración preferida solía ser esta:

“Antes que expire, venid Vos misma, ¡oh, María!, a consolarme con vuestra presencia. Esta gracia la habéis hecho a tantos devotos vuestros. Yo también la quiero y la espero. Soy pecador, es verdad. No la merezco. Pero yo soy vuestro devoto que os ama con pasión y tengo una gran confianza en Vos. ¡Oh, María!, os espero. No permitáis quede desconsolado.”

La Virgen le escuchó. Dos veces se le apareció y después de consolarle, le anunció el día de su partida de este mundo.

Su muerte fue plácida y serena. Se le veía brillar el semblante, menear los labios y se oía el murmullo de unas palabras ininteligibles. Dialogaba con María.

Era sábado. Las campanas de la iglesia tocaban el “Angelus” de mediodía. El se fue a rezarlo al cielo, con su Madre.

Era el 1-8-1787, al toque del Angelus. Tenía 90 años, 10 meses y 15 días. El 1838 era elevado a los altares. En 1871 nombrado Doctor de la Iglesia y en 1950 Patrono de confesores y moralistas.

NOTA DEL EDITOR

En las Obras Ascéticas de San Alfonso María de Liguori, editadas por la B.A.C., se asegura que este santo es el mejor escritor religioso de los últimos siglos.

Entre sus libros, los más populares y los que se puede asegurar que son los que más bien han hecho a las almas, citaremos LAS GLORIAS DE MARIA, EL GRAN MEDIO DE LA ORACION y el libro de las VISITAS AL SANTISIMO.

Y son los mejores porque tratan de los tres temas más importantes y más necesarios para salvarse: el amor a María, la necesidad de la oración y la unión con Jesús Sacramentado.

Si eres devoto de San Alfonso, si te ha interesado su vida, sólo se lo puedes demostrar ayudándole. El escribió sus libros con muchísimo interés de hacerlos llegar a todas partes para el bien de las almas. Tal vez hoy hay todavía más almas necesitadas de ellos que cuando los escribió el Santo. Se dice que hay crisis en el mundo, pero la única crisis verdadera es la falta de amor a María y la falta de oración. ¿Por qué no trabajas tú por propagar estos libros que tanto bien pueden hacer?